



Artículo: Los misterios de París de Eugenio Sue: una ventana al siglo XIX

Autor(es): Martínez, Julieta I.

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 89

Año: 2010

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Martínez, Julieta I. . "Los misterios de París de Eugenio Sue: una ventana al siglo XIX" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 89 (2010): p. 3-19. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3550>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
 - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
 - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
-



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Los misterios de París de Eugenio Sue: una ventana al siglo XIX

Julieta I. Martínez

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México

En este artículo se pretende dar cuenta de las posibilidades que la novela ofreció para presentar una visión panorámica de la sociedad decimonónica, además de calibrar su importancia como fuente para el estudio de lo social. Por lo tanto, este texto no será una mera descripción de la crítica social practicada por un autor preciso, Eugenio Sue, sino una indagación sobre el trasfondo de esta crítica en su novela *Los misterios de París*, tomada así como un ejercicio acabado de observación social.

La obra

Es sabido que *Los misterios de Londres*, *Los misterios de Madrid*, *Los misterios de Cataluña* e incluso *Los misterios de Filipinas* y *Los misterios de San Cosme*, son títulos que evocan la legendaria obra de Eugenio Sue.¹ Nacido en París en 1804, Sue fue un hombre que conoció las altas esferas parisenses, por ser hijo de un reconocido médico cercano a los círculos más altos de la nobleza francesa. Médico naval de profesión, al recibir la herencia paterna se dedicó a la literatura, no sin ser partícipe de la vida nocturna parisina.²

Sus primeras novelas fueron escritas sobre temas de navegación y algunos dramas; pero su obra más reconocida es, sin duda, *Los misterios de París*. Consecuente con sus principios ideológicos, apegados a la tendencia socialista de su tiempo, Sue participó en la revolución de 1848 y posteriormente fue electo diputado socialista en 1850. Terminó su vida en el exilio por motivos políticos.

Escritos entre 1842 y 1843, *Los misterios de París* gozaron de un gran éxito debido a la difusión que tuvieron en tanto que publicación aparecida a manera de

¹ Un estudio sobre la influencia de *Los misterios de París* en obras literarias mexicanas es el de Adriana Sandoval Lara, "Las novelas sociales del siglo XIX. Un primer acercamiento a José Rivera y Río", en *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico I. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos temas y géneros literarios*, edición y estudio introductorio de Elisa Speckman y Belem Clark de Lara, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005 (*Ida y Regreso al Siglo XIX*), p. 303-314.

² Existe una gran cantidad de biografías de Eugenio Sue. Para fines de este trabajo se utilizó la información contenida en el estudio introductorio de la edición mexicana de Porrúa, 1987, y en la *Encyclopædia britannica*, consultada en línea en: <<http://www.britannica.com/EBchecked/topic/571607/Eugene-Sue>>.

entregas, es decir, por medio de lo que se conoce como literatura de folletín. Este tipo de publicaciones tenía como principal característica aparecer periódicamente, por lo que el autor se veía precisado a ingeniar variados artificios para generar en el lector el interés por el próximo número. Se intentaba generar el suspenso y la intriga para que los lectores esperaran con ansia la entrega siguiente.

También se caracterizó esta literatura por “democratizar la lectura”, como algunos estudiosos lo han llamado, pues su aparición en un medio de acceso relativamente amplio permitía que una mayor parte de la población se acercara a la lectura.³ Tal era el ímpetu con que se le recibía, que varios autores pudieron vivir de este tipo de publicación. Así ocurrió, por ejemplo, con Alexandre Dumas, bien conocido por su arte de escribir con las técnicas narrativas requeridas por dicho género: historias emotivas, tramas llenas de suspenso y temas de actualidad que despertaban mucho interés en la época. Aunque Dumas fue el más reconocido, no debemos olvidar a otros dos autores que posteriormente se convirtieron en exponentes importantes de la literatura realista: Víctor Hugo y Balzac.

La temática de Sue en su novela respondía perfectamente a los requerimientos de una sociedad en cambio, donde la necesidad de una literatura ligera y entretenida daba pie a la exposición de una realidad inminente. Pero antes de entrar en detalle sobre ese aspecto, veamos de qué tratan *Los misterios de París*.

Situada en 1833, *Los misterios de París* tiene como figura a Rodolfo, noble alemán que llega a París buscando expiar sus errores de juventud. Años atrás, Rodolfo ha procreado una hija con Sara, inglesa de gran ambición cuyo único fin es integrarse a la aristocracia francesa. Con la ayuda de Ferrán, notario corrupto y envejecido, Sara ha hecho pasar a su hija por muerta, dejándola desamparada en manos de una mujer ruin conocida como *La Lechuza*. Esta hija perdida es Flor de María, quien tras una infancia miserable conoce a Rodolfo, cuyo propósito es reformarla y alejarla de su infame vida, no obstante ignorar que se trata de su propia hija.

Rodolfo lleva una doble vida: de día ostenta sus títulos nobiliarios; de noche procura redimir a los parisinos miserables que delinquen o caen en la corrupción para sobrevivir. Este personaje se encuentra, pues, en una búsqueda constante de personas rescatables, es decir, de aquellos que aún no tienen el alma corrompida. Con este fin se disfraza de obrero y se interna así en el bajo mundo pasando inadvertido y utilizando sus recursos económicos para ayudar a los desamparados redimibles. El motivo principal de *Los misterios* se relaciona con esta cuestión del rescate de los olvidados. El tema toca las fibras sensibles de la caridad cristiana y la filantropía.

La historia está plagada de complicados enredos entre los personajes. Todos y cada uno de los protagonistas se van entrelazando por una lógica fácilmente identificable: los buenos se van encontrando por sus bondades, por su honestidad y por la mano protectora de Rodolfo; los malos se encuentran gracias a sus crímenes y bajo la premisa de que el mal llama al mal. El encuentro de personajes

³ Arnold Hausser, *Historia social de la literatura y el arte*, Madrid, Debate, 1998, v. 1, p. 261.

es el recurso por el que se muestran las distintas caras de París, pues cada uno de ellos representa un estilo de vida, un vicio o una virtud. Sue va presentando los escenarios de la Cité donde vive la gente reducida a la miseria: costureras, huérfanos, lapidarios, porteros, prostitutas, ladrones, asesinos y demás personajes envilecidos. Al otro lado, sobre la parte opuesta a los Campos Elíseos, ahí donde conviven nobles hipócritas y vanos, condes envilecidos, truhanes notorios y altos nobles caritativos, la nota sobresaliente es el goce del lujo.

En términos generales se trata de un drama que en ciertos episodios se torna una especie de crítica social. El resultado es un observatorio del entramado de la sociedad parisina decimonónica, pues aunque no sea su principal intención, el autor nos deja ver la percepción y la aparición de actores sociales nuevos, surgidos en las ciudades en tanto que centros de progreso al mismo tiempo que de marginación y pobreza. Ése es el sentido del título de la obra, pues *Los misterios* se refieren a la vida citadina que no se conoce a simple vista, la de los bajos mundos parisinos y los personajes reducidos a la miseria más cruel y degradante.

Sue introduce gradualmente a su lector en las características de los personajes. La descripción física de cada uno permite entrever también una descripción moral. Así, la degradación moral aparece acompañada de ciertos rasgos físicos que permiten ubicar a los personajes en la novela. Las jóvenes no corrompidas aparecen como de belleza angelical, en tanto que los malos son repugnantes. Este aspecto de la novela se percibe en descripciones como la de *el Cojuelo*. Se trata de un jovencito de situación desgraciada que, acaso por una malicia innata, participa en las fechorías de los malvados. Sue lo describe físicamente de la siguiente manera:

Tenía el mismo mirar penetrante y astuto con ese aire desvergonzado e indolente que distingue al pillo de París; tipo de la depravación precoz, y verdadero ratón de guarapos, como se dice en el horrible idioma de las prisiones. Una mata de cabellos pajizos, duros y tiesos como la crin de un caballo, cubría la mitad de su frente. Un pantalón castaño y una blusa gris ceñida con una correa completaban el traje del Cojuelo, así llamado a causa de la imperfección de sus miembros.⁴

Los misterios de París es una obra que puede ser analizada desde varias perspectivas: no solamente la literaria sino también del estudio social. Hemos observado ya algunos de los diversos tópicos manejados por el autor para construir lo que se ha considerado una “novela social”.⁵ Sobre el punto se volverá a tratar más adelante; sin embargo, viene al caso mencionarlo ahora, pues deja en claro las amplias posibilidades para el estudio de esta novela.

⁴ Eugenio Sue, *Los misterios de París*, México, Porrúa, 1987, t. I, p. 91.

⁵ Para fines de este escrito se retoma el concepto utilizado por Roger Picard, clásico en el estudio del romanticismo francés, como una novela que expresa sentimientos u opiniones en torno a la sociedad, por lo cual se divide en dos vertientes: la novela descriptiva y la novela ideológica. Considero que la obra de Sue se encontraría en una posición intermedia, pues contiene elementos de ambos: se extiende en la descripción para enmarcar sus opiniones respecto de la situación social del París decimonónico. Cfr. Roger Picard, *El romanticismo social*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 165-183.

Como hemos visto, el tipo de historia contada por Sue, junto con su condición de publicación periódica, le permiten desplegar una amplia descripción de escenarios que ayuda mucho a involucrar al lector en la trama, algo que también logra mediante la simpatía surgida en éste por ciertos planteamientos. Es por esto último que se pretende estudiar qué tópicos ofrece Sue a su lector, desde lo cual se puede explorar el campo de lo social a través de esta novela.

Un primer acercamiento al estudio de lo social en *Los misterios de París* se da desde la clasificación que el autor hace de los personajes de su obra, lo cual marca uno de los tópicos relacionados con la corrupción en las formas de vida parisina, no muy distintas de las del resto de las grandes ciudades europeas del siglo XIX. A ello se dedicará el apartado siguiente.

La corrupción moral

Uno de los tópicos que Eugenio Sue mejor desarrolla en su obra es la corrupción moral, ya que la mayoría de los personajes muestra actitudes alejadas de las normas de la vida en una sociedad civilizada, como lo debía ser la parisina decimonónica. Evidentemente, el autor ofrece una visión maniquea de la vida en cuanto que sus personajes se distinguen por acciones invariablemente buenas o malas, según los criterios de la moral de Rodolfo, quien siempre actúa haciendo el bien sin mirar a quién y sin hacer valer su interés particular. Su objetivo era, como lo menciona el autor, “rehabilitar, restituir a la honradez a los que han conservado puros algunos sentimientos generosos en medio de la degradación a que se ven condenados, de la miseria que los consume y de la corrupción que los rodea, y arrostrar para esto el contacto de esa miseria, de esa corrupción y de esos seres nauseabundos”.⁶

Los personajes buenos no pueden albergar maldad en su interior. Los malos, en cambio, lo son tanto que no tienen ya oportunidad alguna de redención, salvo en casos donde su propia naturaleza les ha permitido distinguir la bondad de la maldad y arrepentirse. Podemos decir que para Sue la maldad y la bondad son características innatas de los seres humanos, quienes se van corrompiendo con el pasar el tiempo en una sociedad que no les da la oportunidad de una vida mejor o que por el contrario les brinda riquezas excesivas que los hacen codiciosos.⁷

Como ejemplo del primer caso vemos a Flor de María, quien pasó los primeros años de su vida en medio de la degradación moral ocasionada por la miseria

⁶ Eugenio Sue, *op. cit.*, p. 72.

⁷ Los personajes que presenta Sue son formas de existencia condicionadas por diversos factores, entre ellos el origen, el medio en el que se desarrollan y sus inclinaciones personales. Es por esta razón que los personajes de las clases más bajas, inmersos en la degradación a la que los orilla la miseria, siempre encuentran, si tienen un alma buena, la manera de no contaminarse. Por el contrario, personajes de la aristocracia, donde se supondría un ambiente no tan corrupto, viven en circunstancias como el ocio, el alejamiento de los principios cristianos o la ambición, lo cual los hace cometer actos perversos. Podríamos pensar que el medio corrompe, sí, pero también hay que asumir algo en la naturaleza de los personajes que les imprime una cierta dirección en sus actos.

de los suburbios parisinos. Víctima de su madre, un caso paradigmático de ambición y avaricia aristocráticas, Flor cae en manos de la Lechuza, una mujer llena de maldad. Pese a estar en contacto con una vida alejada de las normas morales más simples, el alma de Flor es prístina, quizá por su origen noble, de ahí que nunca caiga en la tentación de perder el honor o la honra.

Rodeada desde su infancia de seres abyectos, malvados e infames, pasando de la cárcel a las calles de la Cité, la desgraciada joven había vivido hasta entonces en una profunda ignorancia del bien y del mal, y tan extraña a los sentimientos nobles y religiosos como al esplendor y la magnificencia de la creación. Pero todo lo más admirable de la naturaleza se presentó de repente a su espíritu. Su alma se dilató a vista de un espectáculo tan imponente, se desarrolló su inteligencia, y sus nobles propensiones sacudieron el letargo en que yacían [...] ⁸

Según se aprecia, es principalmente la condición de miseria lo que hace que las personas vivan en una especie de salvajismo o irracionalidad que no les hace comprender las diferencias entre lo bueno y lo malo y corrompe su alma paulatinamente. Sin embargo, en algunas ocasiones y cuando el bien se trae en la sangre, basta el acercamiento a las normas y la civilización para continuar por un buen camino.

El estado de “letargo” del que se hace mención en el párrafo citado puede ser interpretado como uno que no permite alcanzar el refinamiento o grado de civilización que acompaña a una vida conforme a las necesidades del hombre decimonónico en sociedad. Esto se vuelve, en cierto sentido, una crítica al comportamiento del “pueblo”, de la muchedumbre, del populacho que, en medio de su embrutecimiento, no puede tomar las decisiones apropiadas y termina movido por los meros instintos:

Como sucede en todas las conmociones populares, aquellos hombres más brutos que malos, se irritaban, se exasperaban, se embriagaban con sus mismos gritos, y se iban inflamando en razón de las injurias y de las amenazas dirigidas a su víctima. Así es como el pueblo llega muchas veces, sin saberlo, por medio de una exaltación progresiva, a ejecutar las acciones más injustas y feroces. ⁹

En cierta medida, como pudimos ver líneas arriba, la condición de salvajismo ciudadano hace que los individuos se comporten como bestias y sigan impulsos que no logran reprimir, cegados como están por la ignorancia de un mundo diferente al que les ha tocado en turno. La razón y, como consecuencia, el conocimiento son dos condiciones fundamentales para que la gente se aleje del estado de salvajismo.

En cuanto a la aristocracia, Sue la critica por su banalidad y su falta de moralidad al no comprender que un buen gesto de civilidad no es extravagancia sino

⁸ *Ibidem*, p. 239.

⁹ *Ibidem*, p. 281.

caridad, como ocurre con Rodolfo, quien no es indiferente al sufrimiento de sus congéneres:

El egoísta repleto de oro, y bien nutrido, quiere ante todo digerir con reposo; el aspecto del pobre que tiritaba de hambre o de miseria es para él cosa importuna y prefiere dormir soñando con su riqueza entreabriendo de cuando en cuando los ojos para gozar de los voluptuosos placeres que le ofrece el mundo; por el contrario, la mayor parte de los ricos desinteresados y de los felices se han compadecido de las desgracias que ignoraban.¹⁰

Y es que para el autor las comodidades de que goza la aristocracia originan una nueva modalidad del letargo que padecen los pobres, lo cual está dado por el hecho de que entre los ricos también hay ignorancia. El no querer mirar la realidad de que son parte los condena a no gozar de los beneficios morales de ser filántropos. Es el destino de los personajes que, víctimas de su propio ocio, se han convertido en seres infelices:

Los hombres ricos, que en nada se ocupan, tienen la terrible contra de que nada los distrae, nada los pone a cubierto de las ideas tormentosas; no debiendo pensar nunca en las necesidades del porvenir, ni en los quehaceres cotidianos, son víctimas de las grandes aflicciones morales. Seguros de poseer lo que con el oro puede alcanzarse, apetecen o echan de menos con una vehemencia inexplicable lo que el oro no es capaz de proporcionarles.¹¹

Para Sue ésta es también una forma de degradación social, pues los sentimientos de infelicidad los llevan a preocuparse por cosas sin importancia o, peor aun, por ideas de maldad y avaricia: “Pero las clases ricas, por falta de enseñanza, están también fatalmente expuestas a la miseria, al vicio y a los crímenes”.¹² Este tipo de corrupción queda reflejado en personajes como el notario Ferrán.

Ferrán ostenta una posición social respetable, ya que ante la gente se presenta como un hombre de bien, honesto y cuidadoso de las normas morales más rígidas; esto lo hace a través de su supuesto apego a la religión. Como lo describe el autor: “es un hombre que no falta a misa los días festivos, anda siempre tras de los curas y en opinión de muchas gentes el dinero está más seguro en su casa que en la caja de ahorros”.¹³

Este personaje se convierte en el perpetrador de varios crímenes llevados a cabo por su ambición sin límites, su avaricia y sobre todo su lujuria. Gracias a la intervención del bienhechor Rodolfo, sus debilidades le deparan un triste final. Esto nos lleva a otra línea de la trama de *Los misterios de París*, es decir, al tema de la justicia.

¹⁰ *Ibidem*, p. 485.

¹¹ *Ibidem*, p. 468.

¹² Eugenio Sue, *op. cit.*, t. II, p. 96.

¹³ *Ibidem*, t. I, p. 329.

Como ya vimos, Rodolfo interviene a favor de aquellos desamparados que a su juicio son merecedores de la oportunidad de salir de la degradación en que, por una u otra razón, han vivido. Esto lo logra gracias a su astucia y su dinero, que en conjunto le dan el poder de decidir sobre el destino de quienes hacen el mal. Sue es en este sentido un crítico del sistema judicial, el cual, en su opinión, no cumple con los requerimientos para corregir una sociedad en proceso de degradación: “la inexorable inmutabilidad de la ley hace con frecuencia irremediables ciertas faltas, y para borrarlas, un nuevo crimen suele ser muchas veces necesario”.¹⁴ La justicia por propia mano no suele ser para el autor un motivo de barbarie: cuando este principio es aplicado por personas lo suficientemente justas, se trata de un acto de ayuda contra la corrupción de una sociedad. Éste es el caso de Rodolfo.

La justicia es vista así como un medio de contención de la violencia generada a partir de la degradación moral. En un clima de marginación, miseria y maldad es común que los personajes parisinos reflejados en el drama de Sue terminen cometiendo crímenes, algunas veces orillados por la necesidad y otras porque no conocen una manera distinta de vivir.

Las imágenes de las cárceles repletas de pobres inocentes y gente corrompida dan ocasión para referirse al sistema penitenciario y de justicia de la Francia decimonónica:

La justicia debería tener en una mano una espada, y en otra una corona; la una para herir a los malos, y la otra para recompensar a los buenos, porque de este modo vería el pueblo que si había terribles castigos para el mal, había también premios gloriosos para el bien; al paso que ahora buscaría en vano el contrapeso de los tribunales, de las cárceles, del presidio y del cadalso. Hoy el pueblo ve una justicia criminal, compuesta de hombres firmes, íntegros, ilustrados, siempre ocupados en buscar, descubrir y castigar al delincuente, pero no ve como debiera ser una justicia virtuosa, compuesta de hombres firmes, íntegros, sabios, prudentes y siempre dispuestos a buscar y recompensar a las personas honradas.¹⁵

Por tanto, también en este rubro el autor intenta una crítica y señala la tónica para enfrentar los problemas de la sociedad parisina. Evidentemente, su crítica se dirige más a despertar la indignación de los lectores que a ofrecer una reflexión profunda sobre el tema.

Otro aspecto de *Los misterios* digno de mencionarse es el moralizante, dada su clara intención de resaltar las virtudes humanas de la gente adinerada, cuyos principios se basan en la capacidad de avergonzarse de sus actos, en el amor al prójimo y en el sentido de la justicia —algo que, dicho sea de paso, les infunde un sentido más civilizado de la caridad y de la solidaridad con sus congéneres.

Aparte de la queja ante la relajación de la sociedad, así como ante los escenarios de miseria urbana degradante, Sue también se da la oportunidad de

¹⁴ *Ibidem*, p. 484.

¹⁵ *Ibidem*, p. 517.

imaginar o crear su propia utopía. La necesidad de pensar en una alternativa ante el espectáculo de decadencia hace que este autor lleve a las páginas su proyecto y lo exprese a través de su personaje ideal, Rodolfo.

Entre sus variadas propiedades Rodolfo cuenta con una quinta o casa de campo que desempeña un papel notable en la historia, pues es un sitio de experimentación dentro de un proyecto de nueva sociedad. Ahí se emprende la “regeneración” de los individuos dignos de este trato; ahí es donde la gente más honrada puede vivir, según la novela, en condiciones excelentes, “no sólo destinada al mejoramiento del ganado y de la agricultura, sino también con el objeto especial de mejorar la *condición de los hombres*; lo que consiguió ofreciéndoles un estímulo para que fuesen probos, activos e inteligentes”.¹⁶

Podemos mencionar dos cosas al respecto. En primer lugar tomemos nota de cómo Sue da expresión concreta a su utopía romántica, un elemento que no podía faltar en la literatura de esta naturaleza, dado que con él se da una culminación de los discursos moralizantes y de su crítica a las escasas bondades de la civilización y el progreso. En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, reparemos en los aires de romanticismo que se respiran en la obra al situar el escenario de la utopía en el campo o medio rural, en lo más cercano a los orígenes y los coloridos paisajes de salvajismo.

En este sentido hay que destacar otro rasgo constante de *Los misterios de París*: la nostalgia por los escenarios campestres. El autor no pierde la oportunidad de enmarcar en el campo abierto de Francia y en la vida sencilla de sus aldeas la pureza propia de estos lugares, presentados así como sede de una “purificación” indispensable para las almas cercanas al borde de la corrupción, como es el caso de Flor de María. La vida rústica se vuelve una alternativa a la existencia agitada de las ciudades; ella significa un retorno a la sencillez de vida y una reacción a los cambios políticos, económicos y sociales del París decimonónico.

Este anhelo por la vida cómoda del campo parece un escape de la realidad urbana. Sin embargo, dicha cuestión tiene un trasfondo más complejo que la idea, aún sostenida en la actualidad, de que los tiempos pasados fueron mejores. El asunto requiere trazar cuestionamientos en dos rubros: el primero es acerca de la influencia de los ideales románticos en el planteamiento, y como consecuencia, uno segundo sobre la distinción entre la vena romántica y la formulación de juicios objetivos sobre la sociedad.

La vida ajena a las presiones del mundo moderno fue un ideal constante del pensamiento romántico. Sin embargo, en un tema como el presente el análisis debe ser más complejo que la simple mención de un lugar común de la literatura de la época. Si pensamos en la situación de crisis vivida en el siglo XIX, en tanto que una época de cambios repentinos,¹⁷ imposible es dejar de pensar en París

¹⁶ *Ibidem*, p. 244.

¹⁷ Sobre la condición de París como ciudad incipientemente cosmopolita, así como los cambios que se dan en ella como un emblema de la modernidad, véase Walter Benjamin, *París, capital del siglo XIX*, México,

como una ciudad de grandes transformaciones durante el periodo. La creciente urbanización y la rapidez de la vida moderna obligaban a añorar los lugares de antaño, lejos de las nuevas condiciones agobiantes.

En Sue la ciudad es considerada un centro de polución moral que no permite adquirir los beneficios de una vida relajada y contemplativa, dedicada a la supervivencia sin el afán de adquirir más cosas que las necesarias y, sobre todo, con una gran oportunidad de introspección en un ambiente relajado. Así lo podemos ver en el cambio de Flor de María al acercarse a la vida campirana.

El París que no se ve

Si nos preguntamos las razones de Sue al escribir *Los misterios*, quizá no sabríamos la respuesta exacta. Es difícil, si no arriesgado, afirmar algo que no sabemos con seguridad. Sin embargo, cabe elaborar algunas suposiciones basadas en las lecturas que se pueden hacer de dicha obra y de acuerdo con el contexto en que fue redactada, esto es, desde la mirada de un hombre romántico, cercano a la aristocracia y no desdeñoso de las ideas socialistas en boga, en una Francia que comienza ya a poner sus distancias frente a la época de la revolución.

Las opiniones de Sue a lo largo del texto están basadas en inquietudes propias de la época. No debemos olvidar la importancia de algo muy difundido en ese entonces: las ideas del buen salvaje de Jean-Jacques Rousseau, retomadas en un contexto de desarrollo industrial posrevolucionario, donde aparecen en escena nuevos “salvajes”. Así comienza la novela:

Todos conocen las admirables páginas en que Cooper, el Walter Scott americano, ha descrito las feroces costumbres de los salvajes, su pintoresco y poético lenguaje y los miles de ardidés que emplean para matar o perseguir a sus enemigos y todos habrán sentido estremecimientos al pensar qué sería de los cultos habitantes de las ciudades si esos pueblos sanguinarios no estuvieran alejados de los centros de civilización.¹⁸

Posteriormente trata de evidenciar que estas imágenes no son propias sólo de los territorios americanos o de las novelas de Chateaubriand, sino que existen en el corazón del territorio más ilustrado de occidente, la cuna de los ideales revolucionarios: “los bárbaros de que vamos a ocuparnos, viven entre nosotros”.¹⁹

Si analizamos *Los misterios de París* desde una perspectiva más amplia, es decir, más allá de los discursos moralizantes, destacan los elementos que nos despiertan el interés por los motivos de una obra como ésta y por la manera en que la sociedad

Madero, s/a. En un sentido más amplio, y para complementar lo relativo al sentimiento de incertidumbre causado por los cambios abruptos en las formas de vida por motivo de la modernidad decimonónica, véase Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, 2a. edición, México, Siglo XXI, 1989.

¹⁸ *Idem*.

¹⁹ *Ibidem*, p. 3.

de su entorno tiene un impacto en ella. Si bien la literatura no es un mero reflejo de la sociedad que la produce, es claro que sí nos acerca al contexto en que fue elaborada. No debemos olvidar que las obras reflejan sus condiciones de producción.

No es preciso recalcar que *Los misterios*, en tanto que obra de folletín, tenía que despertar el interés de los compradores. Como ya vimos, uno de los artilugios fue sembrar el suspenso y alargar la historia con múltiples personajes. Sin embargo, también es claro que la temática misma debía cautivar a los lectores.

Resulta entonces que esta obra se inscribe en el género de novelas con contenido social, donde se manifiesta el interés por rescatar a la sociedad por medio de la justicia. Se expresan así ideales de cariz romántico y se evidencia también una crítica a las instituciones sociales con énfasis en los sentimientos más ruines de la humanidad y el sufrimiento de aquel cuya vida termina determinada por las inclemencias del progreso.

Esto lo podemos ver no sólo en Sue, sino también en autores que publicaron escritos de tema similar y que presentaron personajes surgidos de la realidad francesa. Es el caso de Víctor Hugo, que ya antes de *Los miserables* dejó en claro su intención de recurrir a los temas de actualidad y mostrar la vida de los más desamparados, sin ahorrar juicios y opiniones al respecto. También lo es de George Sand, quien en varias de sus obras retrató los personajes parisinos en boga (los obreros miserables, las mujeres, etcétera) con un claro tinte de crítica social.²⁰

No se trata por tanto de que Sue haya marcado la pauta para un tópico en la literatura romántica sino que él buscó un contexto más amplio: las circunstancias políticas y sociales de Francia entre 1815 y 1848, un escenario idóneo para la temática social que interesaba a los escritores románticos. Es de notar que aunque Víctor Hugo, George Sand y hasta cierto punto Balzac, por poner algunos ejemplos, consideraron que la novela era el medio para expresar una posición frente a los acontecimientos, no por ello esta última fue de tipo ideológico o militante. Éste fue también el caso de Eugenio Sue.

Importa considerar el contexto en el que se escriben este tipo de “novelas sociales”, pues los escritores no se mostraban indiferentes a la manera en que los acontecimientos marcaron a la sociedad francesa desde la segunda década del siglo XIX. El socialismo utópico, surgido ante el panorama social y político desde 1830, fue una gran influencia para quienes se sumaban a la corriente del romanticismo.²¹

Recordemos primero que a partir de 1789 Francia vivió una serie de cambios políticos que repercutieron en todos los ámbitos de la vida social. El siglo XIX fue ahí una época convulsa (como en casi todos los países occidentales) y marcada por los estallidos sociales y los cambios de régimen que las presiones cotidianas

²⁰ Roger Picard, *op. cit.*, *passim*. Principalmente los capítulos dedicados a George Sand, Balzac y Víctor Hugo.

²¹ Paulette Gabaudan, *El romanticismo en Francia: 1800-1850*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1979, p. 137.

de los grupos contrarios necesariamente acarreaban. Centrándonos en el periodo que nos ocupa, tomemos en cuenta que *Los misterios de París* fueron publicados entre 1842 y 1843, es decir, durante el reinado de Luis Felipe I, un periodo que influyó de manera muy particular en la cultura, en este caso la literatura.

La etapa conocida como la Monarquía de Julio se vio caracterizada por un mayor auge de la burguesía temprana, cuyo incremento comenzaba a darse en Francia. Apoyado por las elites burguesas que buscaban alejarse de la vieja aristocracia, Luis Felipe aceleró en la monarquía gala el crecimiento industrial, aunado a una bonanza económica que coadyuvó al ya encaminado expansionismo colonial y al incremento de la infraestructura.²²

La monarquía constitucional implementada en 1830, de corte liberal, facilitaba la llegada de estos nuevos aires a una Francia que comenzaba a dejar atrás sus estructuras sociales de Antiguo Régimen y daba paso a la llegada de nuevos actores sociales. Sin embargo, el crecimiento económico, la industrialización, la formación de cinturones de pobreza en las ciudades y las desigualdades propias de estas circunstancias se incrementaron considerablemente con el paso del tiempo. No obstante, no todo fue pujanza y prosperidad, pues las diferencias sociales se agudizaban por la misma dinámica económica y las riquezas de unos cuantos se incrementaban a costa de la miseria de muchos.

Fue ante este fenómeno que la temática literaria de la época comenzó a tomar nuevos aires, ya que la miseria y los nuevos grupos sociales surgidos en París (los grupos obreros y los migrantes de las aldeas, entre otros), junto con el avance implacable de la modernidad, pusieron a la vista de los escritores un escenario inédito.

En el plano de la literatura podemos advertir que estos acontecimientos impactaban innegablemente en la elite cultural de entonces. El romanticismo, que antaño se había caracterizado por el ensimismamiento y los temas introspectivos, se topaba ahora con una realidad exterior triste, decadente, inhumana ante sus ojos sensibles, donde unos terminaban sacrificados en beneficio de otros. La evasión de los primeros románticos ya no podía llevarse a cabo y tuvieron en su pluma un medio de enfrentar su realidad: “fueron reveladores, que expresaron el mal —o, más bien los males— que padecía ese siglo que creció a la sombra de la revolución y de Napoleón, y que tenía la esperanza detrás, no delante”.²³

No podemos afirmar que Sue haya sido un novelista más cercano al realismo, ya que eso implicaría que hubiese una variación sustancial en la manera en que construye sus personajes y el escenario en que se desenvuelven. En el caso de *Los misterios de París* no se trata de hacer propiamente una crítica ideológica o doctrinaria de la sociedad, sino de presentar juicios sencillos que revelan una cierta postura *ad hoc* para el pensamiento moralizante y romántico.²⁴

²² Pierre Goubert, *Historia de Francia*, Barcelona, Crítica, 1987, p. 241, *passim*.

²³ Georges Duby, *Historia de la civilización francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1966, p. 424.

²⁴ No podemos obviar la pertenencia de Sue al partido socialista después de 1848. Pese a ello, la obra analizada aquí no puede ser tomada como un análisis político sino como una respuesta literaria a los acontecimientos

Por tanto, Sue no quedó al margen de las nuevas tendencias al mostrar las contradicciones del progreso. Su manera de abordar el tema no fue sustancialmente diferente del romanticismo clásico, que también elevó una queja sobre esta modernidad que parecía ya incómoda a quienes añoraban un pasado mejor, aquel donde había existido más certeza que incertidumbre.

Considero por lo anterior que *Los misterios* no es propiamente una novela realista, como la aparecida en la segunda mitad del siglo XIX, aunque sí marca los comienzos de una novela con contenido social, es decir, con la atención dirigida a las costumbres o las formas de vida de la sociedad de su tiempo, además de ser muy enfática respecto del entorno y las consecuencias de éste en los personajes.²⁵

En este sentido *Los misterios de París* termina siendo una recreación de lo que a mediados del siglo XIX se pensaba que era la vida citadina. Se trata del lado no oficial del mundo civilizado, pues se muestra en cierto sentido el lado negativo del progreso de la sociedad en casos como la pobreza, la desintegración familiar y el desprecio por las normas morales.

Es también la construcción de una imagen de la ciudad parisina que se someterá a juicio debido a la transformación que tuvo al comenzar el desarrollo de la capital moderna, incluyendo, por supuesto, sus lados negativos. Es así que podemos observar dentro de la obra las referencias a la Cité como “laberinto de calles estrechas, oscuras y tortuosas, que se extiende desde el Palacio de la Justicia hasta el antiguo templo de Nuestra Señora”.²⁶

Se trata pues de la antigua ciudad que contenía a la población más heterogénea y que constituía el lugar de habitación de las clases bajas, tal como lo deja ver Sue en su novela. Convivían ahí obreros, carboneros, costureras, prostitutas y demás gente con ocupaciones propias de una ciudad moderna. Sin embargo, esta calidad de barrio de la pobreza, le daba, según Sue, su condición de nido de la delincuencia: “Este cuartel de París, aunque pequeño y muy vigilado por la policía, sirve de madriguera a un sinnúmero de malhechores de la ciudad, los cuales celebran en las tabernas sus citas y reuniones”.²⁷ La obra era una muestra de los fenómenos sociales del momento: pobreza urbana, migración, barrios obre-

del momento. Como tal podría mostrar cierta cercanía al “socialismo utópico”, cuyas ideas compartían varios de los autores de la época.

²⁵ Pienso que es apropiado que se le valore dentro de lo que Roger Picard denomina novela social. Mencionábamos que Picard la divide en dos partes, la descriptiva y la ideológica. Esta última estaría definida como aquella que “trata que los personajes y los medios que describe expresen conceptos morales sobre la sociedad, ya ofreciendo la crítica de sus instituciones, ya abogando por las doctrinas reformadoras”. En este caso el autor pretende ejercer influencia en el espíritu del lector y hacer algo por la reconstrucción de la sociedad. Roger Picard, *El romanticismo social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1949, p. 159. A pesar de ello, recalcamos que Sue estaba interesado por la problemática social de su época, aunque en el momento que escribe esta obra no mostraba una posición política, pues solamente condenaba o aplaudía lo que a su criterio era conveniente o no. Esto quizá se debió a que aun cuando sus lecturas iban dirigidas a cierto público, necesitaba generar polémica para interesar aún más a sus lectores.

²⁶ *Ibidem*, t. I, p. 4.

²⁷ *Idem*.

ros, zonas industriales, en fin, una nueva geografía social que para la segunda mitad del siglo XIX perderá todo su aspecto.²⁸

Este escenario de suciedad y depravación contrasta con la imagen del campo y los espacios abiertos de los suburbios, como lo deja ver en la impresión que se llevó Flor de María: “¡Cuál fue su asombro, su estupor, al ver la hermosa aldea construida en el declive, la casa de campo, el prado, las hermosas vacas, el riachuelo, el soto de castaños, la torre de la iglesia, el mismo cuadro [...] Un hermoso sol de otoño iluminaba este delicioso paisaje [...] las hojas amarillas y color de púrpura de los castaños se mezclaban con el azul del cielo”.²⁹ En fin, era una imagen idílica del campo.

También, como ya hemos visto, Sue hace bastante referencia al estado de embrutecimiento y de salvajismo al que se ha reducido a las clases más desprotegidas; sin embargo, sigue pensando que la Francia de su época continúa llevando la vanguardia en los asuntos de civilización e ilustración. Eso lo podemos ver, por ejemplo, cuando Rodolfo se refiere a la esclavitud en Estados Unidos a través de un personaje llamado David.

David es un esclavo mandado por su amo a estudiar a Francia: “en medio de la juventud más democrática de Europa”,³⁰ lo que lo hace mirar el mundo desde otra perspectiva, desarrollar su sentido de lo moral, y dejar el “embrutecimiento y apatía propios del estado ordinario del esclavo”.³¹

El contacto con una sociedad distinta de la esclavista de Estados Unidos tiene como consecuencia que David adquiera nuevas virtudes que lo hacen predicar con sentimientos más cristianos, de suerte que pretende aleccionar a los de su misma condición esclava mediante una actitud de perdón y esperanza en un mundo mejor: “los moralizaba, los consolaba y los exhortaba a la resignación; les decía que Dios protege lo mismo al negro que al blanco, y les hablaba de otro mundo en donde no hay señores y esclavos, sino justos y pecadores; de una vida eterna, en donde las víctimas de esta vida fugaz y transitoria eran tan felices que pedían gracia para sus verdugos”.³²

Esta misma actitud es la que se esperaba de aquellos parisinos reducidos a la más indignante degradación. Si la esclavitud parecía una aberración en el mundo moderno, más aún lo parecía la existencia de estos miserables en el país de las libertades. La idea de que son los salvajes los que se han corrompido y no encajan en la sociedad muestra las aberraciones del mundo moderno: las prostitutas, los obreros, los pobres, etcétera, son las víctimas de la incompetencia del mundo en el proceso de civilizarlos. Por estas razones se puede ver en *Los misterios de París*

²⁸ Con Haussmann se perdió esa esencia de los barrios parisinos, pues se desplazaron los barrios obreros a los suburbios y se reconstruyó toda la fisonomía urbana.

²⁹ *Ibidem*, p. 66.

³⁰ *Ibidem*, p. 140.

³¹ *Ibidem*, p. 143.

³² *Ibidem*, p. 141-142.

la intención de dar un testimonio no sólo del París decimonónico, sino de los actores nuevos en una época de cambio.

Sue lamenta también las injusticias, pero no quizá como se pensaría en una persona que después comulgaría con el socialismo. No pretende un llamado de atención alentando al cambio social revolucionario sino apelando a los sentimientos de compasión que puedan surgir en el lector. Las cosas son en muchos sentidos inamovibles:

Los desgraciados soportarían acaso alegremente su desventura, si creyesen que los demás no eran más alegres que ellos, pero van al pueblo y a la ciudad los días de mercado, y ven el pan blanco, colchones mullidos, y niños alegres y rollizos, y tan hartos y desganados que echan rosquillas a los perros. Y entonces, cuando vuelven a su choza de barro, y a su pan negro, y a su cama dura, dicen los infelices al ver a sus hijos enfermos, y llenos de miseria, para quienes hubieran cogido de buena gana las rosquillas y mendrugos que los hijos de los ricos echaban a los perros. “¡Cáspita! Ya que el mundo se compone de ricos y pobres, ¿Por qué no hemos nacido ricos? ¿Por qué no habría de tocarnos también nuestra vez? ¡Esta es una injusticia!” Pero, amigos míos, los que lo dicen no tienen razón, y sufren inevitablemente y sin descanso ni esperanza de alivio el yugo que a veces los exaspera, sin disfrutar jamás la dicha del reposo [...] una vida pasada de este modo no es la que debe parecer muy larga [...] la mayor parte de los jornaleros que piensan de este modo viven a mal consigo mismo, emprenden con disgusto el trabajo diario [...] Estos pensamientos son de mala ley, hijos míos [...] porque del abandono a la haraganería no hay más que un paso, y de la haraganería al vicio es menor la distancia.³³

Podemos mencionar también que su intención es mostrar los contrastes ocasionados por la revolución industrial, tales como el proletariado y la urbanización. Esos mismos contrastes lo llevaron a plantearse dudas en un contexto más amplio, como la relativa a la manera de interpretar los bajos mundos dentro de un discurso de igualdad.

La novela social en México

El fenómeno de la aparición de lo social a través de la literatura estaba ligado a las circunstancias en las que se llevó a cabo. Como hemos visto, es una época de surgimiento de nuevos actores sociales acordes con las características de los nuevos tiempos. Es por esta razón que los temas de la novela social se desarrollaron en varias latitudes durante el siglo XIX.

No todas las tramas despertaron el interés del público, ya sea por su falta de talento en la manera de expresar las ideas del autor o porque los personajes no eran tan cautivadores. Es decir, no lograban despertar el lado emotivo del lector

³³ *Ibidem*, p. 255.

con sus aventuras o su historia de vida y muchas de ellas desaparecieron en la inmensidad del anonimato y por tanto en el olvido.

Sabemos que Francia fue un importante centro de producción de este tipo de obras. Esto se debió a que varios de los autores que participaban en este rubro de la literatura tenían una carrera previa o, en otros casos, el tiempo les permitió convertirse en íconos de la literatura francesa decimonónica.³⁴

En el caso de nuestro país, sabemos que la obra de Sue se difundió por algunos medios, principalmente a través de la prensa.³⁵ Esto nos permite suponer que los temas o la manera de abordar ciertos tópicos propios de la realidad social del México de aquellos años fueron probablemente tomados de *Los misterios de París*.

Durante la segunda mitad del siglo XIX aparecieron en México novelas como las que presentamos a continuación a manera de ejemplo. En primer lugar, mencionaremos la novela de José Rivera y Río: *Esqueletos sociales*.³⁶ En dicha obra, el autor nos muestra una serie de personajes identificables por sus características morales, pues en su prólogo explica su intención de observar a la sociedad y juzgarla bajo ciertos principios morales.

Cada uno de ellos es representativo de un grupo social: los aristócratas, la clase media y los pobres, cada uno con los defectos y virtudes propios de sus condiciones sociales y de sus valores, adquiridos a través de la educación y de la vida que han elegido llevar. A lo largo de la obra de Rivera y Río muestra cómo los hombres y las mujeres se han envilecido principalmente a través de los deseos y las pasiones mundanas.

Rivera y Río nos muestra a Jorge, joven de familia aristócrata que vive siguiendo sus instintos con jóvenes adineradas que no conocen ningún tipo de valor moral. Sin embargo, bajo una especie de revelación divina, Jorge consigue finalmente inclinarse a una vida más recatada a partir de los sentimientos que le provoca el ver a una viuda y su familia desamparadas. La caridad desempeña aquí un papel fundamental, pues es una actividad que redime.

Tras mostrar los escenarios más representativos de la ciudad, y principalmente de las clases medias, tales como Vizcaínas y las vecindades aledañas, el autor emite juicios sobre la situación de estos habitantes de la ciudad: "La humanidad es su obra, aunque en ella existan los hombres que reducen a parias a los hijos del pueblo".³⁷

En medio de una gran cantidad de párrafos destinados a mostrar al público las ventajas de lo que el autor considera el camino de la rectitud y por lo tanto de la salvaguarda frente a la degradación moral, se relata una historia de amor, de desengaño y de muerte por la patria. Jorge se casa finalmente con Rosa, una mujer prístina y bondadosa, llena de virtudes, y sobre todo recatada y desprendida de las cosas materiales. Rosa, por venir de un hogar humilde pero honrado,

³⁴ Como ya se mencionó, un buen ejemplo es el de Víctor Hugo y su obra *Los miserables*.

³⁵ Por ejemplo, los extensos comentarios dedicados a dicha obra en *El Museo Mexicano*, 13 de abril de 1851, p. 1.

³⁶ José Rivera y Río, *Esqueletos sociales*, México, J. Rivera y Compañía, 1870.

³⁷ *Ibidem*, p. 50.

muestra al joven una manera menos mundana de vivir. El amigo de la joven pareja, Felipe, es un muchacho cuya única riqueza es su buen corazón y que tras una serie de desengaños amorosos decide que a quien ama por sobre todas las cosas es a su patria, de ahí que se aliste para enfrentar al invasor francés.

Podemos hacer la comparación en cuanto al mensaje moral que los autores pretenden comunicar a la sociedad: personajes muy poco creíbles en su exagerada bondad o maldad constituyen ejemplos de las virtudes o acciones reprobables practicadas por la sociedad. Otros temas compartidos son la filantropía y la caridad que se hacen presentes en las personas adineradas y de buen corazón.

Existen otras obras del mismo corte. Por ejemplo, en *Ironías de la vida*,³⁸ Pantaleón Tovar hace una novela con personajes más complejos, con vida propia y diálogos que hacen menos plana la lectura. En la obra aparecen personajes que por cuestiones de la vida se han envilecido, como es el caso del portero don Joaquín, quien abusa de la bondad de una joven inocente, Inés, con la justificación de que los errores traen consecuencias. La trama se desarrolla en diferentes escenarios de la ciudad de México y sus alrededores: San Cosme, el Paseo de la Viga, las calles aledañas a la catedral, y otras que nos muestran una imagen de lo que sucedía en esos lugares conocidos como refugio de gente miserable o lugares pintorescos y representativos de la sociedad mexicana.

Dentro de la trama hay viudas enamoradas, jóvenes románticos, mujeres intachables, ricos bondadosos y demás. Sus personajes son más cercanos a los creados por Sue en cuanto que tienen la posibilidad de la redención por medio de las virtudes. Igualmente, los villanos de la novela son tan malos que la mayoría de las personas bondadosas sufren por sus atropellos y sus abusos.

Finalmente, existe una novela que hace referencia, incluso en el nombre, a la obra de Eugenio Sue. Ésta es *Antonino y Anita o los nuevos misterios de México*.³⁹ Dicha obra intenta hacer nuevamente una trama de historias de personajes diversos que se unen a través de la historia de amor de una joven pareja de extracción social distinta.

La historia se desarrolla principalmente en tres lugares: la villa de Guadalupe (escenario de la población indígena), San Francisco y San Pablo (escenario de las clases bajas) y Chapultepec (escenario de las clases altas). También nos muestra una serie de lo que podríamos considerar tipos sociales: Antonino, un militar; Anita, personaje indígena; la tía de Antonino, una mujer caritativa; los curas; las familias de antepasados españoles; los jóvenes ruines, etcétera.

Entonces, al igual que con la novela de Sue, los escenarios van desempeñando un papel importante en la trama, pues determinan la calidad moral de los personajes. Anita vive en los alrededores de la basílica de Guadalupe; su alma es

³⁸ Pantaleón Tovar, *Ironías de la vida: novela de costumbres nacionales*, México, J. M. Lara, 1851.

³⁹ Édouard Riviére, *Antonino y Anita o los nuevos misterios de México*, México, Navarro y Decaén, 1851. Su mención de ser los “nuevos misterios” se debe a una anterior publicación, en el año de 1850, que realizó Niceto de Zamacois, bajo el título de *Los misterios de México*.

buena, dulce y caritativa, vive por y para su padre, quien es un indio honesto y trabajador además de fervorosamente creyente. Anita conoce a Antonino cuando él se desmaya, víctima del cansancio, y así se le presenta como una auténtica aparición mariana que brinda auxilio.

Después de una corta estancia, Antonino debe regresar a su cuartel, no sin antes prometerle a su joven enamorada que volverá y la desposará. Sin embargo, el regreso a la vida citadina hace que Antonino poco a poco se aleje de su promesa y caiga en manos del desenfreno, viviendo sólo para el placer que le generan las mujeres. A la par, hay varias historias: una mujer golpeada por un hombre vil que se degrada hasta morir en una mazmorra; una viuda adinerada que por caridad y filantropía pone una casa de niños expósitos; un conde solitario que busca desesperadamente a sus hijos perdidos y entretanto vive ayudando a los desamparados (muy al estilo del Rodolfo de Sue), etcétera.

Tras una serie de eventos desafortunados, Anita llega a la casa de la señora rica y conoce a un joven en su misma situación. Antonino, despechado por sus múltiples mujeres, cree que Anita le ha sido infiel y decide vengarse deshonorándola. Sin embargo, el carácter noble de la joven, su determinación de evitar el pecado y sobre todo su naturaleza bondadosa la libran de todos los peligros a que se ve expuesta en la miseria.

La historia concluye finalmente con el encuentro de la pareja, y en ella se explica el motivo por el que Anita había sido siempre tan delicada, buena y alejada de la deshonra: su padre es el conde español que había perdido a sus hijos en la guerra de Independencia. Los secretos no revelados, los crímenes de los envilecidos por la ambición, los vicios o la lujuria, son la sustancia de un relato que intenta mostrar el lado oculto de la sociedad de la capital mexicana.

Hemos visto diversos intentos por hacer de la literatura un medio de expresión de ideas por parte de quienes se interesaban en la cuestión social del entorno. México no fue la excepción, por lo que hubo, si no una considerable cantidad, sí algunos ejemplos de este tipo de literatura.

Hacia el uso de la literatura

Con base en lo visto sobre *Los misterios de París*, podemos resaltar la importancia de las novelas sociales, principalmente en cuanto a que los personajes recreados a lo largo de la narración representan a miembros identificables de la sociedad parisina en épocas de cambio. Ni la trama, ni los personajes, ni las situaciones planteadas en la novela tenían necesariamente que reflejar la realidad histórica; de hecho resultaban inverosímiles desde este punto de vista. Lo que importaba es que sirvieran para hacer una denuncia, al tiempo que se tenían grandes retribuciones por parte de los asiduos lectores.

Por tanto, Sue pretendió ser fiel a una forma de ver el mundo emanada del romanticismo, si bien de una manera que era común en su época y que llevaría